

Foro de reflexión empresarial

Les agradezco la invitación. Debo confesar que inicialmente dudé en aceptarla, pero luego pensé que era indecoroso esconderse de los problemas, sobretodo si eran de muchos.

Quizás esta doble pertenencia mía, poco común, pueda aportarles algo. Soy empresario, me enorgullecen las pymes que he contribuido a crear y también la obra colectiva de las 5 grandes empresas que me ha tocado presidir. Pero igualmente me enorgullece mi compromiso político. Pertenezco a la más joven generación que participó con responsabilidades en la derrota de 1973. Esa misma generación que no se quedó pegada en esos tiempo, aprendimos a punta de dolores y desgarros y fuimos protagonistas claves, por pensamiento, estrategia y acción, en la derrota de la dictadura y en la construcción en 25 años de un país muchísimo mejor a aquel que recibimos. Hoy, mis dos pertenencias viven horas de desprestigio.

Estoy convencido que una razón importante es la profunda incomunicación que sufre nuestra sociedad; entre la empresa y la política, pero también de ambas con el Chile real de hoy que ha terminado por pasarle la cuenta a ambas. Si estas incomunicaciones no se superan, pasarán los Caval y los Penta, pero el país no saldrá adelante. Quisiera dejarles en la cabeza y corazón este mensaje.

La historia reciente ha sido aquella de la incomprensión mutua entre empresa y política, así como de desconsideración a chilenas y chilenos. Primero fue la

empresa que no percibió bien los cambios de país que hacían intolerables y visibles cosas que antes no lo eran. Casos, especialmente del retail y de colusión, terminaron afectando el prestigio de toda la actividad empresarial. Más tarde fue la política la que decepcionó, primero con las desconfianzas a mi juicio masivas que sembró al renegar de su propia obra y más tarde, con sus reformas que no calzaron con los anhelos por los cuales la gente votó. Luego Cavel y Penta las sumió a ambas en lo peor.

Uno escucha y pareciera que vivimos en un país de empresarios desalmados, explotadores y coimeros y de políticos corruptos, ladrones y preocupados solo de su bienestar.

No es así. Mi vida en ambos mundos me demostró que, en Chile, la calidad humana y la ética personal están mucho mejor distribuidas que la riqueza. Seres admirables y miserables hay en todas partes, incluido entre los con y sin poder. No hay un sector que tenga el monopolio de la bondad y la ética. Y eso tiene valor porque, para entendernos, debemos estar convencidos que al frente también encontraremos seres decentes, honestos, dispuestos a escuchar, abiertos a razones.

Política y empresa privada son bases insoslayables del mundo del siglo XXI. El violento siglo XX nos enseñó que la ausencia de democracia y por ende de políticos electos terminaba en un prolongado mal para sus pueblos; y también nos legó la tragedia y miseria de aquellos países que pretendieron imponer modelos de economía sin empresa privada. Hoy, solo cuando la sociedad entiende

que todo el edificio se sostiene en la comprensión, valoración y respeto mutuos de los roles de ambos, le va bien a las mayorías.

El Chile que hoy vivimos esta muy marcado por las secuelas de esta incomprensión y del mal escuchar a la sociedad.

Como decía, un error inicial de este ciclo, fue olvidar o negar que el Chile de hoy es hijo del éxito económico y político durante mas de un cuarto de siglo. Chile cambió completo, pero quiero destacar una cosa particular. Había 5 millones de pobres en Chile el año 1990. Gracias a la pujanza económica y a la sensibilidad de la política, casi un 30% de la población dejó la pobreza. Emergió así una clase media antes inexistente. Ha sido el cambio político social mas importante de estos 25 años.

Es su emergencia la que explica la centralidad que toma el tema de la desigualdad. La desigualdad es invisible para la extrema pobreza, se hace visible cuando la dejas atrás. ¡Que importa a un pobre que no tiene tarjeta un interés abusivo en el crédito de consumo! ¡Que importa que las universidades sean caras si ni en sueños piensan que sus hijos van a llegar a ellas!

Con esa nueva clase nació el cuestionamiento a prácticas y abusos de las empresas que antes les eran inadvertidas o carentes de significado. No detectar a tiempo esa nueva realidad, para anticiparse a ella y cambiar conductas, afectó el prestigio de toda la actividad empresarial. Corregirlo es clave.

La política tuvo razón en tomar el tema de la desigualdad, mientras muchos empresarios arrugaban la nariz. De allí surgió el liderazgo y gobierno de M Bachelet.

También tuvo razón en que se necesitaba una reforma tributaria. El estado requería mas recursos para enfrentar la demanda emblemática de esta decisiva nueva clase: la educación.

Pero, ¿en qué se equivocó? Entendió la centralidad del tema de la igualdad, pero en la ilusión de partir de cero renegando de su pasado, no entendió el país que entre todos habíamos engendrado en 25 años. Entonces, sus respuestas fallaron y las esperanzas que generó fueron diluyéndose hasta caer este año en bancarrota.

Vio los movimientos de 2011 como estudiantiles, cuando no lo eran. Los estudiantes fueron solo la punta de lanza de un movimiento clasista y familiar que resentía las diferencias de calidad en la educación y veía ahogarse sus sueños de padres en los altos costos de la educación. La política creyó ver también en esos movimientos la demanda de “cambio de modelo” cuando la demanda era ensanchar espacios dentro del modelo. Por eso, cuando la familia de clase media emergente comenzó a alarmarse con una reforma que agredía a la escuela particular subvencionada donde estudiaba la mayor parte de sus hijos, mientras el movimiento estudiantil se radicalizaba, el movimiento de 2011 se vifurcó. Uno estudiantil que en la misma medida de su radicalización perdía influencia social; y otro clasista y familiar que, como reflejan las encuestas, crecientemente rechazó las reformas educacionales del

gobierno que durante todo 2014 agredieron su opción educacional por excelencia.

Y la política se equivocó también en su diagnóstico sobre el impacto de su reforma tributaria en la economía. Era necesaria la reforma y hubo varias propuestas que recaudaban tanto o más que la actual, entre otras cosas por no tener impacto negativo en el crecimiento. Además, los empresarios estaban bastante resignados a una reforma tributaria.

Pero la que se implementó se equivocó con la empresa, por desconocerla. De hecho cuando más tarde percibió las consecuencias, el gobierno se alarmó y a poco andar vimos a los mismos que descalificaban las empresas, llamándolas a una “alianza público-privada” y redestinando recursos de la reforma tributaria a intentar reactivar una economía afectada por esa misma reforma. Con un mínimo de confianza y conocimiento mutuo, de voluntad de escuchar, no hubiera ocurrido lo que ocurrió. Lo que les resultó imprevisto era previsible. Hoy es claro que la reforma no la han pagado solo “los ricos” sino también, nuevamente, esa clase media emergente y así llegamos al hecho inédito de que un aumento de impuestos, justificado para mejorar la educación, cuenta con mas rechazo que aprobación en la población.

Esos errores se potenciaron por la arrogancia mesiánica de diagnosticar que los rechazos eran pasajeros, propios de la cultura “conservadora” que se oponía a la "contracultura" progresista naciente; pero que esta, poco a poco, sería comprendida y aplaudida por la gente.

2014 termina con un mayoritario rechazo de la opinión pública a ambas reformas. Fue el costo de diagnósticos errados y de imponerlas con desconsideración a las realidades y a la opinión ciudadana.

Es así que llegamos a Penta y Caval. Quiero ser claro, porque busco desnudar errores de diagnóstico, que veo en el origen de problemas actuales. La política concluyó que la aprobación de las dos reformas – tributaria y educacional - remataba 2014 con un triunfo y eso auguraba un 2015 de repechaje. Es el candor autoreferido de creer que el trabajo termina al promulgar una ley cuando ni siquiera ha comenzado y que la política culmina en el parlamento y no en el juicio ciudadano.

Si las reformas hubieran contado con gran respaldo y la gente sintiera la obra del gobierno como suya, la reacción habría sido otra, menos lapidaria, más tolerante. Caval ha sido solo guinda de una torta horneada antes. Una política que imponía reformas que no calzaban con los anhelos de quienes habían votado por hacerlas, ni tampoco con una economía sana, se percibía ahora como corrupta, intervenida por intereses privados, profitadora de influencias nacidas del voto ciudadano. Se entendió todo como una gran burla. Los costos esta vez los ha pagado sobretudo el escaso capital de confianza que le restaba a la política.

No me detendré en estos episodios. Espero que el desconcierto e irresolución que ha reflejado la política, abra paso a un encausamiento contundente del tema. La

Presidenta y el poder legislativo tienen responsabilidad mayor en ello.

Sin embargo, cuando ya no existan Caval y Penta, la incomunicación entre empresa y política no se habrá superado, ni cambiará mucho la opinión ciudadana sobre ambas. Así las cosas, estamos amenazados por nuevos errores e incomprensiones.

Creo que la reforma laboral es ejemplo de ello. No hablaré del texto de la reforma laboral. Los gremios y los empresarios la conocen mejor que yo.

Quiero destacar la abismante diferencia de diagnósticos que, una vez más, existe en torno a ella. Si leo los considerandos que preceden el proyecto de ley me parece oír hablar de un país y una empresa privada distintos a los que conozco. No es que se desconsiderara a los empresarios y su actividad, sino también a sus trabajadores que representan un 85% de la fuerza de trabajo del país. Refleja un desconocimiento asombroso de la vida de la empresa privada chilena hoy. Lo ejemplificaré con tres diagnósticos del Mensaje que acompaña al proyecto de ley enviado al congreso.

Dice el texto del Mensaje: ***“...existe contundente evidencia de que las relaciones laborales están caracterizadas por la falta de confianza y de colaboración”***. Pues bien, los datos dicen exactamente lo contrario. La encuesta Bicentenario 2013 de Adimark-UC pregunta a los trabajadores cuanta confianza tienen en su empresa: 72% dice que Mucha o Bastante.

Dice el Mensaje: ***“...ordenamiento legal que contiene un modelo de organización del trabajo y de relaciones laborales que limita significativamente los espacios de negociación y entendimiento”***. Veamos. La OCDE nos informa en Enero de 2015 que la media de sindicalización en sus países miembros es de 16,9% de la fuerza de trabajo y descendiendo. Mientras la de Chile es de 15,3% y aumentando. Chile supera con creces la sindicalización de EEUU (11,1%) y de Francia (7,7%); y se acerca a la de Alemania y Holanda (17,7%) y a la de Japón (18%). Agreguemos que, según el ex ministro René Cortázar, en los últimos 25 años los salarios reales han crecido levemente más que la productividad laboral, un 150% real. En el mismo período en EEUU los salarios reales bajaron.

Dice el Mensaje de la reforma: ***“A lo anterior se suma que las normas que actualmente regulan la negociación colectiva son extremadamente formales y rígidas y, más que fomentar los acuerdos, los obstaculizan.”*** La encuesta ENCLA 2011 de la DT nos informa las razones de trabajadores no sindicalizados: solo un 5% aduce una actitud negativa de la empresa, un 21% declara no tener interés en él y un 32% señala que no es necesario. En tanto la Dirección del Trabajo nos informa que desde los años 90-95 hasta ahora la conflictividad no ha aumentado sino disminuido y que sus sanciones por prácticas antisindicales representan solo el 1,3% del total que ha cursado.

El viernes pasado la economista Andrea Repetto, miembro de los equipos programáticos de la Presidenta, entregó los resultados de una encuesta sobre temas laborales de la

UAI. Un 67% es favorable a que los beneficios logrados en una negociación colectiva se extiendan a los no sindicalizados. La reforma laboral busca eliminar esa posibilidad. Un 55% de los trabajadores desearía poder flexibilizar su jornada laboral, idea considerada herética por impulsores de la reforma.

Ojalá escuchen, porque dos preguntas interpelan hoy a la política: ¿Las mayorías institucionales seguirán intentando imponer a las mayorías sociales reformas que no son las suyas, o van a escucharlas? ¿Cómo piensan revertir el rechazo social que la política sufre, actuando de esta manera?

Como joven profesional y luego como presidente de empresas los sindicatos han sido parte constante en mi vida.

Conocí y viví la CUT de años previos al 70. En su dirección había trabajadores de las empresas de punta de la época: textiles, mineras, otras industrias. Sin ir más lejos, Manuel Bustos, legendario dirigente sindical, nació como dirigente en Yarur, la más importante empresa textil de la época. Hoy, lo he conversado con muchos dirigentes sindicales, en la CUT ya no hay dirigentes de las empresas de punta del sector privado, como por ejemplo, eléctricas, de telecomunicaciones, del papel y celulosa, de la minería moderna excepto Codelco, etc. La CUT tiene su principal masa de trabajadores en el sector público y entre los profesores. Ese 85% de los trabajadores chilenos que esta en la empresa privada esta en parte sindicalizado y en parte no, pero donde no está es en la CUT, unida por la

política como gran interlocutor en esta reforma. Es bueno que la escuchen. Pero todos deben ser escuchados.

Diagnósticos y apreciaciones tan distantes sobre la vida laboral en la empresa privada es consecuencia de no escuchar. Permítanme una imagen fílmica para explicarlo.

¿Vieron uds “Tiempos Modernos” de Chaplin”? En las empresas de entonces, ser dirigente sindical era otra cosa. Miles de trabajadores en un galpón, haciendo todos la misma labor mecánica y repetitiva, bajas o nulas capacitaciones, identidad de clase obrera explotada. Además, dirigidos por un capataz con cara de perro y vigilancia disciplinaria y una sola cabeza pensante: la del patrón. Era fácil para el dirigente preparar un pliego de peticiones; y el momento de la negociación colectiva era la madre de las batallas. Pedía un mismo reajuste para todos, los mismos bonos para todos y las mismas mejoras en las condiciones de trabajo. El conflicto era casi la norma porque pretender mejores condiciones era considerado impertinente por dueños y su capataz de cara de perro.

En la empresa de hoy, es difícil para un dirigente sindical preparar un pliego de peticiones. Son decenas de profesiones, técnicas, especialidades, competencias, etc. Además, miden su satisfacción comparándose con los de su profesión o especialidad de dentro y fuera de la empresa, su identidad ya no es de clase. Las expectativas son diferentes. El capataz de cara de perro y mando disciplinario ha sido reemplazado por una valoración del conocimiento y de la satisfacción del trabajador; gerencias completas de personal ganan sus premios de desempeño

según el clima que logran crear en la empresa. Así las cosas, la negociación colectiva ha terminado concentrándose en el punto de verdad común a todos: el bono de fin de conflicto. No es que el resto desaparezca. No, todo el año, día tras día, el dirigente estará en las dependencias de personal tratando una a una las específicas demandas de tan diversa plantilla. Un día será los de mantenimiento, otros los de computación, otro las fiestas de Navidad, otro el apoyo a los hijos universitarios. La negociación colectiva ya no es la madre de todas las batallas. La negociación no tiene un día señalado, es permanente y por lo mismo no puede terminar cada día en una pelea. Además, hay tantas cabezas pensantes como trabajadores. El jefe que hace 100 años sabía hacer la pega del subordinado mejor que él en un 95% de los casos, hoy la hace peor en el 95% de los casos y su rol fundamental no es disciplinar o corregir, sino liderar un cuerpo de mil cabezas, tras un propósito común que debe servir bien algún propósito de otros en Chile o el mundo, si quiere sobrevivir.

Eso lo sabe todo trabajador del sector privado y todo empresario. Pero el texto del proyecto no contó con su concurso. La mirada ajena desde la política a la empresa y viceversa, incomunica verdades. La empresa de hoy – sus empresarios y sus trabajadores - no tiene nada que ver con aquella de tiempos de Chaplin y pareciera que algunos lo ignoran.

Creo una tragedia la incomunicación y la incomprensión entre empresa, política y ciudadanía. Mientras no se supere y se entiendan, pasaran crisis y gobiernos, pero permaneceremos en el mediocre paso cansino, la

frustración de esperanzas y el rechazo ciudadano a una elite con sordera social. Con un peligro para el futuro cercano. Con este quiebre de confianzas entre empresas y política creo dudoso un dinamismo económico capaz de responder a las expectativas de estabilidad y prosperidad de la nueva clase media que ocupa el centro del escenario político nacional.

La empresa a veces cree conversar con la política porque habla de sus negocios con las autoridades pertinentes de gobierno. No es suficiente. Vínculos personales de confianza deben reemplazar la descalificación mutua. Si el empresario no es capaz de enseñar a la política sobre la empresa, ¿dónde aprenderá? Y también escuchen. La política tiene algo que enseñarles. Hablen con parlamentarios y dirigentes de partido. No para pedir, sino para mostrar como es la vida de la empresa. Para concordar un futuro distinto.

Deben asumir que son parte de la gobernabilidad del país y para que a Chile le vaya bien, necesita la reconciliación de empresa, política y ciudadanía. Lograrlo es tarea especialmente de las dos primeras. Será un camino largo. El quiebre de confianzas ha sido muy profundo. Y exige algo más que perseverancia. El empresariado debe hacerse cargo de las demandas de las mayorías del país.

Sobre esto quisiera decir unas palabras de cierre que van dirigidas a empresa y política, que ojalá sean elocuentes. Cada una tiene su tarea, sospecho que la empresa tiene capacidad de reaccionar más rápido, pero sería mejor que

ambas entendieran que con una sola haciéndola, el futuro estará cojo.

He escuchado voces aconsejando "parar las reformas", respondidas por llamados airados a "seguir con las reformas". Esa es una discusión que oculta la verdad. Cuando los que se proclaman reformistas no hacen reformas para las mayorías o las hacen mal, deben ocultar su falla reclamando un vago y abstracto "apoyo a las reformas". Están ignorando y evadiendo la realidad.

Empresa y política tienen el desafío de asumir las verdaderas reformas que la ciudadanía quiere.

¿Desde cuando dificultarle la vida y hacerle incierto el futuro a la opción educacional donde estudia mas del 70% de los hijos de la nueva clase media chilena construye igualdad? ¿Desde cuando es igualitario y reformista escuchar a la CUT y algunos partidos, mientras se olvida a centenas de miles de empresarios y a ese 85% de trabajadores chilenos que esta en el sector privado? ¿Desde cuando es igualitario omitir la primera y mas potente desigualdad del mercado laboral chileno que es el bajo y discriminatorio acceso a empleos de las mujeres y de los jóvenes, sabiendo además que es en los hogares monoparentales de cabeza femenina donde se concentra parte importante de la extrema pobreza? ¿Desde cuando es igualador sobredimensionar el poder de las burocracias y tapar de prohibiciones, circulares, certificaciones, multas, permisos previos y las exigencias mas extravagantes, a todos los que no forman parte de ella? ¿Desde cuando es igualadora una reforma tributaria que provoca inflación

encareciendo los créditos en UF, hace caer las inversiones y precariza el empleo? ¿Desde cuando es ser un defensor de mayorías populares y de sus demandas de igualdad, imponer a las mayoría unas reformas que contradicen su anhelo de reformas?

Pero sobretodo hay una pregunta que cruza Chile e interpela tanto a política como a empresa: ¿Cómo pueden liderar reformas quienes concitan alta desconfianza ciudadana si no se cambian a si mismas?

Chile debe cambiar. Es inviable defender un status quo. La población no cree en él ni lo quiere. La primera reforma demandada hoy por la ciudadanía, es un cambio de la empresa, ya manifestado con creces y ahora de la política. Que sirvan mejor y más respetuosamente a su sociedad, que vuelen y crezcan con ella, no a costas de ella o en conflicto con ella. Un nuevo trato de ellas con la sociedad.

El país que rechaza las actuales reformas no es anti reformador. Quiere sus reformas, no las que se le imponen contrariando sus anhelos. Asumirlas es el único camino posible de la reconciliación de empresa, política y sociedad y ésta, condición fundacional de un buen futuro para todos.